

MARIO Y EL MAGO¹

Al Reino Unido se le habían prometido elecciones generales para el comienzo del año 2001; los Nuevos Laboristas estaban tan decididos a mantenerse en sus puestos que no iban a permitir que nada se interpusiera en su camino. Hasta que se produjo el virtual colapso del campo británico por la fiebre aftosa de la cabaña ovina a partir de marzo. Aunque esto se consideró al principio irrelevante, hasta que la gravedad de la situación, junto a los indudables signos de resentimiento y apatía de los electores obligaron al primer ministro Blair a retrasar el *show* que tenía previsto para mayo. Se acordó, con muchas reticencias y gran oposición en el interior del partido, un ligero retraso para junio. Entretanto, pese a las piras funerarias y las fosas, los electores británicos se vieron acomodados en el viejo *music hall* de las campañas electorales, obligados a ocupar sus asientos para la tradicional pantomima del «columpiómetro» cuando la orquesta todavía afinaba sus instrumentos y desde el mostrador del bar se oía el tranquilizador entrecuchar de copas de los rezagados.

Aunque nadie creía que el Nuevo Laborismo pudiera perder, el Rey Mago declaraba la guerra a la «apatía», haciendo saber que se hallaba impaciente y dispuesto a consumir la tercera vía. Toda su corte temía que, siguiendo la inclinación general del Nuevo Laborismo hacia los hábitos estadounidenses, la abstención pudiera crecer hasta los niveles allí usuales, minando así el alcance de la convocatoria.

Una vez sentados en sus butacas, los asistentes iban a recibir otra sesión de hipnotismo escénico, parecida a la inolvidablemente descrita por Thomas Mann en *Mario und der Zauberer* (1929), donde evocaba la Italia de la década de 1920 mediante un espectáculo pasado de moda y su siniestra estrella, el *cavaliere* Cipolla; aunque para nosotros quizá fueran referencias más cercanas *Big Brother* o *The Weakest Link* [programa de la BBC]:

[...] ya desde el comienzo el charlatán poco había ocultado el verdadero carácter de sus manipulaciones [...] basado exclusivamente en experimentos de imposición y de privación (o suspensión) de la voluntad, aun cuan-

¹ Este artículo está extraído de *Pariab: Misfortunes of the British Kingdom*, de próxima publicación en Verso, Londres.

do en su retórica continuara predominando el circunloquio. En una larga serie de experimentos cómicos, excitantes y asombrosos, que a medianoche todavía no había acabado, se nos permitió apreciar, desde lo insignificante hasta lo monstruoso, todo cuanto ese campo, ambiguo por naturaleza, puede ofrecer en cuestión de fenómenos [...]²

Mann señalaba que los espectadores italianos se daban cuenta, al menos en parte, de cómo el vil hipnotizador les estaba al mismo tiempo guiando y humillando, sin ser no obstante capaces más que de una aceptación conformista. A merced del misterio, se sentían obligados a dejar que la «naturaleza» siguiera su curso.

La irrealidad de las elecciones podría remitirse hasta cierto punto, desde luego, al colapso inmediatamente anterior de buena parte del tejido social británico. El humo acre de la jornada electoral no podía hacer olvidar a los votantes todas las vergüenzas de los días que la precedieron: el escándalo de los pasaportes, la encefalopatía espongiiforme bovina, la enfermedad de Creutzfeldt-Jakob, la farsa macabra de los peticionarios de asilo, el cuento de la Cúpula del Milenio, el continuo declive de la sanidad pública, el estado de la administración penitenciaria de Su Majestad, el colapso del servicio de ferrocarriles británico, la crisis de la gasolina, el caso de los hermanos Hinduja: el *music hall* Britannia se hallaba en un estado lamentable desde mucho antes de marzo de 2001, pero esa irrealidad se derivaba sin duda de causas más profundas. El año pasado, el corresponsal político de la BBC, Andrew Marr, publicó un libro titulado *The Day Britain Died*, pero sus conclusiones especulativas eran bastante moderadas, como añadiendo una interrogación a ese título, cuando no había ninguna necesidad; el *rigor mortis* estaba ya muy avanzado cuando apareció el libro, y para ese momento ya no había remedio. Ahora, un año más tarde, podemos resumir su estado en una sola frase: *Gran Bretaña ha dejado realmente de existir*. Blair inició sus operaciones hace cuatro años como si se tratara de una alegre y confiada mañana; en 2001 le vemos corriendo para intentar llegar antes que las sombras de la noche. Todo lo que ha ocurrido realmente en el intervalo entre ambas elecciones es que, por así decirlo, Gran Bretaña se ha convertido inexorablemente en «Gran Bretaña», un espacio de simulación generalizada y engaños a uno mismo. Pero mientras que la vieja Gran Bretaña —el Reino Unido— se entendía muy bien, no sucede lo mismo con lo que la ha reemplazado. Sin embargo, «Gran Bretaña» viene existiendo desde hace bastante tiempo, al menos desde la década de 1980, creando sus propias leyes y costumbres y asumiendo la consistencia de una fase nueva en los asuntos del Reino Unido. Estas «leyes» son con frecuencia muy diferentes (o incluso opuestas) de lo que solían ser anteriormente³.

² Th. MANN, *La muerte en Venecia. Mario y el mago*, Barcelona, Edhasa, 1999, pp. 166-167. [N. del T.]

³ Para un número cada vez menor de lectores, surgirá al leer esto una sensación de *déjà vu*. La argumentación subyacente tiene ya en efecto cuarenta años de historia, desde los pri-

¿Cómo funciona la «Gran Bretaña» del Nuevo Laborismo? Para evitar el uso continuo de las comillas convendría quizá utilizar como abreviatura el término Ukania⁴, con tal que el lector quede advertido de que la referencia inmediata no son los rasgos monárquicos o arcaicos del sistema neobritánico. Lo que tenemos que observar es la estructura de la bestia, en vez de su pellejo y sus uniformes. Quien mejor nos puede informar es precisamente el propio Blair. Cuando a su vuelta de la cumbre de Niza se dirigió a la cámara de los Comunes para informar de los resultados, éstas fueron sus palabras:

A mi juicio, es posible defender los intereses británicos, conseguir las mejores contrapartidas y ejercer una real autoridad e influencia en Europa. Así es como debe ser. Gran Bretaña es una potencia mundial. Mantenerse al margen de nuestra alianza clave –la Unión Europea– no significaría una defensa de los intereses británicos, sino una traición a los mismos⁵.

Con otras palabras, la grandeza es lo que importa. Para una potencia mundial, «estar en Europa» no supone un cambio sustancial con respecto al pasado, sino pura y simplemente una entre otras formas posibles de seguir siendo una gran potencia. Para el Reino Unido, la pertenencia a Europa puede situarse junto a, pero no por encima de, la relación especial con los Estados Unidos de América, la Commonwealth, la libra sobrevaluada o la Corona, ya que si llegara a ser más importante estaríamos abandonando los estigmas sagrados que nos ha asignado la Providencia, y eso significaría una disminución de tamaño e importancia, diluirse y caer en la normalidad de una nación contemporánea.

El reino cambiado

La «britanidad» última o terminal ha sido esencialmente una lucha prolongada contra el destino, cuyo resultado es la Ukania de las elecciones y las piras funerarias de 2001. En este sentido, las elecciones recientemente celebradas marcan un incremento de la pendiente de lo que ya no es un

meros años de *New Left Review* hasta la actualidad, esto es, desde los «Origins of the Present Crisis» de Perry Anderson hasta la propia «crisis» actual. Ese lóbrego pronóstico acerca del anacronismo y decadencia de Gran Bretaña, al que en cierto momento se bautizó como «tesis de Anderson-Nairn», está siendo eclipsado por los propios acontecimientos. Mi argumentación aquí emplea inevitablemente absurdas compresiones y elipsis de lo que fue un largo debate, por lo que debo pedir disculpas. Los lectores deseosos de conocer todo el desarrollo de esta historia encontrarán gran parte de ella en *English Questions*, de Perry Anderson (Londres, Verso, 1990), especialmente en la concisa narración introductoria sobre la década de 1960, así como los antecedentes que informan su ensayo «Origins of the Present Crisis» (*NLR* I, 23 [enero-febrero de 1964]).

⁴ Alusión a *Kakania* (es decir, *königlich und kaiserlich*, esto es, real e imperial), denominación irónica de Austria-Hungría empleada por Robert Musil en *El hombre sin atributos*. [N. del T.]

⁵ *Hansard*, 11 de diciembre de 2000, col. 351.

simple «declive». Declive era la antigua y refinada forma de putrefacción que prevaleció hasta finales de la década de 1970. Pero desde entonces hemos entrado en una fase cualitativamente nueva. El análisis académico y teórico todavía no ha registrado adecuadamente ese cambio, y tiende a permanecer fijo en una visión retrospectiva marcada por la anterior escala temporal de la estatalidad anglobritánica, desde 1688 hasta finales del siglo xx. Aunque los orígenes de la caída de Ukania se pueden rastrear mucho más atrás, hasta la Primera Guerra Mundial e incluso antes, su fase aguda data principalmente de 1979. Gran Bretaña ha venido «declinando» desde hace un siglo, pero la *parodia* del imperio británico que estamos viviendo tan sólo cuenta veintidós años. En 1979 se produjo una convulsión política con el advenimiento de un régimen (y no sólo de un gobierno) comprometido mucho más deliberada y radicalmente con la política «redentora» que ningún otro gobierno anterior. La señora Thatcher dijo que iba a restaurar la «grandeza» británica mediante una «revolución», y en efecto estaba decidida a hacerlo. Wilson y Heath habían establecido ya algunas hebras del tejido a finales de la década de 1960 y comienzos de la de 1970, pero ahora podemos ver que aquéllos no fueron sino endebles precursores de un drama mucho más profundo que iba a tener lugar al terminar el siglo. En 1979, en el invierno del descontento, los Nuevos Conservadores encabezados por Thatcher eran muy conscientes de los anteriores fracasos y del «consenso» miserable y estancado que habían generado. El declive de la grandeza era demasiado visible y se precisaban medidas más decididas para restaurarla. Thatcher creyó que la fórmula adecuada era una violenta zambullida en la derecha económica, junto a cambios decisivos en el clima ideológico del Estado y la sociedad, lo que ella llamó la «cultura empresarial», que coincidía con un cambio climático en el capitalismo atlántico y que pronto se consideró modélica en ese sentido. Pero el thatcherismo no se insertó simplemente en ese marco más amplio. El Estado británico contaba con sus propias motivaciones y trayectoria, esto es, con una historia propia que conducía al colapso específico que estamos viviendo ahora. Sus esfuerzos dieron lugar a muchos cambios reales, pero entre ellos no se hallaba la restauración de la grandeza. Tras su reemplazo en 1990, el Reino cayó en el agujero del «miércoles negro» (el colapso de la libra en 1992) y la media década de embotado letargo de John Major.

Tras ello se necesitaba una nueva «revolución», la que se produjo en 1997. El «blairismo» trató de aprovechar la convulsión económica del thatcherismo, al tiempo que orquestaba un cambio de *mentalités* aún más llamativo bajo las variadas banderas de la tercera vía, una carta de navegación especulativa destinada a reconciliar la «cultura empresarial» con los restos del Estado del bienestar. Este turbio cocimiento se consideraba una pócima mágica con la que se podrían renovar más sólidamente las esencias de «la vía británica». Los fundamentos de la monarquía y el Estado de Westminster (que todo el mundo envidia, etc.) iban a experimentar ahora un vertiginoso nuevo crecimiento bajo un segundo pase del mago. La otra diferencia vital que ha traído el espasmo redencionista de Blair es la con-

firmación de la fase terminal de Gran Bretaña *como sistema*. Se necesita algo más que un partido o un gobierno para hablar de un «régimen» con reglas y tendencias propias (por corta que pueda ser su vida). Esas reglas son en muchos aspectos descendientes corrompidas de ancestros famosos: los «espectros» del constitucionalismo histórico, por decirlo así, aferrándose a una tierra y una gente que desde hace mucho tiempo deberían haberse librado de ellos. Al igual que el thatcherismo que le precedió, el blairismo proclama una continuidad esencial con el Reino Unido de 1688-1979. Esta proclamación se puede justificar con demasiada facilidad a cierto nivel de percepción. Los uniformes y recuerdos de antiguos tiempos siguen ensuciando Londres, así como se hace ostentación del patrimonio histórico en los palacios de Buckingham y Westminster. Gran Bretaña continúa imponiendo su «presencia» en los cielos de los Balcanes y de Oriente Próximo y sigue teniendo armas nucleares y un asiento permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU. Las instituciones británicas se siguen reproduciendo a través de otra serie de portadores o agentes (o víctimas), como es su costumbre hasta que sean derrotadas, reformadas o abandonadas. La encarnación crucial de todas ellas es el consuetudinario eje entre los palacios reales de Westminster y de Buckingham, esto es, la constitución no escrita de la Corona.

El mito de la grandeza

Se necesita cierta perspectiva histórica para situar el gran cambio de 1979. Todas las cosas genuinamente británicas eran una mezcla de imperio y clase. Entre la ascensión al trono de la reina Victoria en 1837 y la victoria de 1945, el Reino Unido estuvo gobernado por una sola elite hereditaria, lo bastante compleja para albergar en su seno a diferentes partidos⁶. Ese Estado de una sola clase alcanzó su sorprendente dominio doméstico ante todo mediante un despliegue de relaciones y recursos *externos*. Esto es lo que subyace realmente a la incommovible obsesión por seguir siendo una «potencia mundial». El hecho es que la «grandeza», el peso internacional y la influencia especial nunca fueron rasgos secundarios del Estado anglobritánico típico. No se añadieron como meras adiciones al arsenal político de Gran Bretaña, como una propina o un golpe de buena suerte de las que se puede prescindir, sino que eran esenciales para la economía y el Estado, y en torno a ellos cristalizó una determinada estructura de clase. Engendraron una forma única de dominación, que abarcó durante largo tiempo tanto al Estado formal como a muchas características de la sociedad civil. Una consecuencia clave fue cierta oscilación de la identidad nacional. Durante bastante más de un siglo, la «pequeña Inglaterra» se convirtió en una vía bloqueada, un recurso de los amarga-

⁶ El estudio más definitivo de la matriz de la estatalidad anglobritánica es de Ellis WASSON, *Born to Rule: British Political Elites*, Stroud, 2000. Muestra cómo hasta finales del siglo XIX, «las clases dominantes de los tres reinos y el patriado en las Islas *nunca sumó más de unas 2.500 personas*» (p. 159).

dos y descontentos. El anterior Estado inglés de finales del medievo, producto de las conquistas anglosajonas y normandas, se convirtió en la «gran» Inglaterra en dos fases: subordinando primero al conjunto de las Islas, y luego, más decisivamente, desde el siglo xvii en adelante, mediante el desarrollo comercial y colonial en ultramar. De ahí la paradoja en que se encuentra al iniciarse el siglo xxi: una «nación» que abarca al 80 por 100 de la población de «las Islas», pero sin apenas identidad política propia, condenada como estuvo a ser «grande»... o no ser. El patetismo del colapso británico reside en parte en la paradoja fatal de que hay que reinventar «Inglaterra», no ya con retraso, sino en cierto sentido *póstumamente*.

Insignificancia nacional

Esta especialísima falsa conciencia era la contrapartida de un imperio *extenso* especialmente fuerte. Un hecho sobresaliente demostró el poder y la naturaleza de la hegemonía resultante. Entre 1915 y 1945 se hizo frente a la crisis mundial mediante «gobiernos nacionales» bajo los que la clase dominante británica enterraba sus muchas diferencias «por un tiempo» (que duró treinta años). El partido laborista fue haciéndose parte del *establishment* hacia el final de esa época, y en la década de 1950 había absorbido por completo casi toda su concepción del mundo. Tales premisas suelen ser extraordinariamente tenaces. Una vez incorporadas institucionalmente se convierten en algo así como la «gramática profunda» de la vida estatal, por debajo de los remolinos superficiales de las distintas políticas y los diversos sucesos. Obviamente, de eso no se deduce que aquella estatalidad siga prevaleciendo tal cual hoy día. Por el contrario, desde la década de 1950, los fundamentos mismos de la *Weltanschauung* británica han cambiado de forma implacable, tanto hacia el exterior como internamente. Desapareció la extensión territorial de su imperio comercial, dejando como única huella la City londinense, y la configuración estatal tuvo que perpetuarse prescindiendo en gran medida del papel de «ombiligo del mundo» (o del campo de fuerzas externas) que la habían alimentado y justificado su existencia.

Al mismo tiempo (y en parte como consecuencia), el patriciado decayó y perdió su antigua fuerza interna. En el primer gobierno de la señora Thatcher seguía habiendo algunos «grandes», pero la *clase* de Churchill había desaparecido. De los que quedaban, algunos se unieron a la oposición, y otros se convirtieron en centuriones de la «revolución» (como Nicholas Ray y William Whitelaw), mientras que el resto se tragaban su orgullo convirtiéndose en patrimonio nacional o en figurones de moda. Los herederos de aquellos caballeros que usaban el planeta como montura son ahora defensores de «la campiña», en particular de la caza del zorro. Lo que habían iniciado los cambios sociológicos de la década de 1960 lo completó la cruzada de Margaret Thatcher en favor de la clase media baja en la de 1980. Esto significó que la fórmula política anterior

quedó arrumbada. El mundo de excedida grandeza seguía siendo esencial: «somos quienes somos», tan distintos de los pobres pardillos del continente. Pero la base clasista doméstica se estaba desmoronando, y ya no cabía recurrir a «gobiernos nacionales» para salvar la emergencia y el declive. Los partidos eran incapaces de colaborar a la antigua usanza, porque el nexo de clase en el que se basaban esas alianzas se había desvanecido. Los «grandes robles que daban sombra a un país», como decía Edmund Burke, se habían convertido en atracciones turísticas para los que «se arrastran por el suelo», esos individuos que «perecen sin haber llegado a dar fruto y no dejan huella tras de sí»⁷. Al igual que el Imperio-Commonwealth, la deferencia doméstica de la época anterior se había perdido, y la «clase» ya no era un cimiento fiable para el Estado. De hecho, los fundamentos mismos estaban siendo carcomidos por una rebeldía resentida molecular, corroyendo las estabilidades ligadas de clase y Corona. Y, sin embargo, la dilatada situación de «emergencia», la caída británica en la insignificancia, no dejaba de agravarse. Un Estado y una cultura profundamente anacrónicos se vieron obligados a concebir nuevas estrategias de supervivencia.

Ésta es seguramente la razón por la que, al profundizarse la crisis, cada partido ha tratado desde la década de 1960 de *convertirse en el Estado y la nación*. El fin del Imperio era sentido como insignificancia, no como normalidad, como si nos hubieran privado de una grandeza otorgada por la divinidad. Desde entonces, todos los gobiernos se han visto empujados a ser (o a pretender ser) «nacionales» en el viejo sentido reverberante. Y como la «britanidad» era una orientación externa más que una raíz étnica, no aparecía ninguna alternativa para prolongar o restaurar la gramática profunda del viejo Estado y la vieja economía, heredada del ámbito burkeano, eso sí «modernizado» y con algo nuevo que decir. Hasta en la desordenada retirada a trompicones, ese afianzado complejo institucional tiende a reproducirse a sí mismo. Un Estado-nación como «Gran Bretaña» es probable que lo haga con mayor determinación que una nación-Estado, simplemente porque en definitiva hay en él muy poco de natural. Para semejante subproducto a largo plazo de la conquista y el ingenio de clase, la última trinchera ofrece poco confort. Únicamente el combate le puede permitir «sobrevivir» (y no siempre militarmente). Desde la década de 1970 hasta ahora, ningún inquilino de Downing Street ha escapado a esas presiones redencionistas, a la necesidad de representar mucho más que un simple gobierno o un nuevo paquete de planes y medidas políticas. Actualmente, junto con las insignias del cargo, se le confiere un sentido de la Providencia más consciente. No se debe olvidar que desde la década de 1940 hasta 1979, los dos principales movimientos políticos británicos han asumido sus mandatos en términos políticos de bajo nivel. La complacencia de aquellos días era tan grande, y se veía tan poco turbada, que los políticos todavía creían que bastaba con medi-

⁷ *The Portable Edmund Burke*, Isaac Kramnick (ed.), Londres, 1999, Introduction, p. xiii.

das políticas para «enderezar el rumbo de la nave». En la medida en que el aparato central de la *grandeur* permanecía en pie y seguía sin cuestionarse, cabía la tentación de creer que podrían bastar unos «golpes de timón» alternativos desde la izquierda y la derecha. Pero la década de 1970 puso fin a esas ilusiones. Por eso es por lo que comenzó a parecer indispensable una terapia mucho más drástica. Para salvar la grandeza se hacía necesario un «régimen», una revolución o un «Proyecto». Dado que la redención a marchas forzadas sigue siendo el motor del campo en implosión, no queda escapatoria: todo el mundo debe implicarse en esas pantomimas, ya sea la cultura empresarial de corte neoliberal de Thatcher tras 1979, o el proyecto de la tercera vía de Blair en la actualidad. Todavía no sabemos qué inventarán Hague o Portillo para 2005 ó 2006; el liderazgo de los Nuevos Conservadores está todavía ocupado en la confección de otra receta «para volver a ser grandes». Pero no parece haber demasiadas razones para dudar de que finalmente conseguirán dominar el truco.

Resurgimientos oscilantes

Vale la pena detenerse aquí para considerar cuán equívoca ha resultado ser la metáfora del «declive» aplicada al Reino Unido. El término en cuestión comporta cierta idea de pérdida o deslizamiento gradual, que llega a inducir la idea de una duración indefinida. Pero si bien es cierto que ningún partido, líder o historiador serio negaría la existencia de un «declive» británico en ese sentido, el concepto así planteado conlleva un contrasignificado tentador pero potencialmente mortal, el de *resurgimiento*: la salvación, o incluso el renacimiento, de lo que pueda quedar de la grandeza perdida. Tras los desastres de Heath y Callaghan entre 1970 y 1979, fue precisamente esa mentalidad recuperadora la que apareció en primer plano, un planteamiento de «renace o perece» bajo el que los líderes se vieron obligados a poner cotidianamente el énfasis en los avances, las alternativas aparentemente «radicales» y las transformaciones anímicas. Con otras palabras, los esquemas de regeneración fascinantes han dominado el «declive» real (se podría llegar a decir el colapso) del *ancien régime* en el Reino Unido. Ninguna de las profecías anteriores de la decadencia o deslizamiento del Imperio tuvo esto en consideración. En la extraña caída en el olvido que de hecho se produjo, el «radicalismo» apareció como *leitmotiv* del proceso fundacional mismo. Desde 1979 en adelante, diferentes líderes han esgrimido distintas recetas políticas y panorámicas ideales, ya fuera desde la izquierda o desde la derecha, orientadas hacia Europa o hacia Estados Unidos, pero todas, invariablemente, se calificaban de «radicales», en el sentido de acabadas y decisivas, capaces de resolver definitivamente el problema. Este esfuerzo por la restauración se ha falsificado coherentemente como una liberación llena de dramatismo, como un salto hacia adelante. La revocación histérica por parte de la voluntad reinante ha tratado de ocultar la melancolía de la retirada.

Todo ha tenido que transformarse y transformarse de nuevo, no para que todo «siguiera como antes», para decirlo con la famosa frase del Conde de Lampedusa, sino con la pretensión de que fuera inmensamente mejor. La psicología de la bancarota es muy próxima a la del estafador o a la del hipnotizador de Thomas Mann, una proyección de deslumbrada mejora y rejuvenecimiento, sometiendo las tradiciones a una elegante cura de «modernización» con ímpetu y técnicas de última hora. La prestidigitación nunca fue tan poderosa. Había que desviar la atención del público del colapso del propio escenario, mediante los fuegos artificiales futuroológicos que se encendían desde él. ¿Y podía ser de otro modo? Puesto que la tradición a la que se sirve es tan extraordinaria por su propia esencia, su salvación *no podía ser* menos espectacular. Su manifestación más adecuada sólo puede consistir en guerras, iniciativas históricas y un vanguardismo ejemplar. Significa colocarse en la vanguardia (o «en el corazón») de esto, aquello y lo de más allá. Al igual que hiciera Thatcher antes que él, Blair anunció en 1997 nada menos que una *revolución*. Por eso hubo que azuzar tan espectacularmente a los electores reticentes para que acudieran a las urnas en 2001. Para los observadores externos podía parecer que un cadáver de 1688 se incorporaba tambaleante del mausoleo familiar, desintegrándose a ojos vistas. Por desgracia, los miembros supervivientes de la familia estaban condicionados para percibir las cosas de un modo muy diferente. Iban desfilando a pesar de todo, como el público veraniego de Cipolla hace ochenta años, engañados (o quizá sólo medio engañados) por la promesa de una nueva vida totalmente esplendorosa.

Si el *ancien régime* favoreció la alternancia de los partidos como procedimiento para garantizar la estabilidad, que era la virtud más preciada del viejo Estado del siglo XIX, su heredero deformado ha transformado el evolucionismo en una oscilación periódica entre distintas cruzadas salvacionistas. En el marco de las nuevas restricciones, derrota y victoria han cambiado totalmente de significado. En la actualidad, el gobierno de Ukania tan sólo merece apoyo en la medida en que tiene el poder de cambiar... bueno, prácticamente todo. En realidad es muy poco lo que se puede cambiar. Pero el *poder* que realmente se ejerce es el que concierne a los espíritus, lo que tiene como contrapartida que la derrota ya no significa simplemente unos pocos años de retiro o de reflexión en la oposición, sino que ha llegado a representar la muerte del alma, un desierto de inutilidad y décadas de lucha para recuperar las posiciones perdidas. Una vez expulsado del negocio de la salvación –necesariamente como consecuencia de alguna oleada incontrolable–, en el Reino Unido un partido político ya no tiene ningún significado o doctrina reconocible que defender.

¿Cómo podría tenerlo? El partido, o bien es el Estado-nación –la grandeza rediviva– o no es, en cuyo caso su destino será verse desenmascarado y descartado, no sólo derrotado. Se necesitan entonces muchos años para urdir algún pseudosignificado bajo el que alzar de nuevo el estandarte

británico, lo que sólo puede suceder cuando el aprendiz de brujo en funciones se haya visto a su vez al descubierto. Ese fue el destino de los laboristas después de 1979, y luego el de los conservadores tras 1997. No parece que se pueda evitar que el lamentable sistema al que los Nuevos Laboristas ahora se adhieren con tanto entusiasmo deba al cabo de cierto tiempo –probablemente de muy poco tiempo– llevarlos a su vez a ese desierto helado de desgracia y ridículo. La redención, como se ha demostrado, posee sus propias reglas, y lo mismo sucede con la inevitable caída desde la redención. El deslumbramiento eufórico sólo *puede* acabar en un desengaño brutal, cuando el pueblo desilusionado note la pérdida cotidiana de la gracia y el hedor creciente de la pugna carrerista. Se inicia entonces una reacción de asqueo visceral; la fase actual es la de la «apatía», que amenazó desde un comienzo las elecciones de 2001. Los gobiernos de la Gran Bretaña paródica han aprendido a su costa lo rápidamente que eso se transforma en odio y rechazo. Y dados los nuevos parámetros del sistema, la única posibilidad es un bandazo hacia cualquier versión «alternativa» de la locura redencionista que entretanto se haya abierto paso hacia el escenario.

La antigua indiferencia de las elites hacia las ideas y conceptos abstractos se ha visto así reemplazada por el vértigo ideológico y la obsesión estilística de la actual Ukania. La estabilidad se ha convertido en una inestabilidad tambaleante: oleadas periódicas que oscilan de un fanatismo a otro. La flema de los viejos británicos se ha disuelto en una contienda incesante de tormentas de ideas como el *poll tax*⁸ de Thatcher o la Cúpula del Milenio de Blair. Esto produce un cinismo popular acumulativo, que de vez en cuando desemboca en disturbios como las protestas por el precio de la gasolina del año pasado. El ambiente amenazante exagera a su vez la obsesión populista de los gobernantes (como sustituto de la democracia) y su dependencia con respecto a una prensa sensacionalista y una televisión estúpida. La mentalidad de esta precaria elite se va haciendo más proclive a las relaciones personales en su entorno (incluyendo los trastornos de personalidad) y a *coups d'État* como el que desplazó a Thatcher en 1990⁹. El extraño caso de Peter Mandelson ha sido una muestra de esto en el primer mandato del Nuevo Laborismo, pero hay muchos más ejemplos, como los implacables feudos de una «familia extensa» artificial, sin los que ningún partido ni gobierno puede actualmente funcionar.

⁸ Impuesto igual para todos los ciudadanos inscritos en el censo, fuertemente regresivo. [N. del T.]

⁹ Las «cortes» de Thatcher y Blair han podido aparecer como simulacros de la antigua clase dominante tan sólo mediante la formación de extrañas «familias» artificiales o redes casi parentales donde las relaciones y rivalidades personales asumían un peso decisivo. El informe más fascinante sobre cómo ha funcionado esto en el blairismo es el que ofreció Andrew RAWNSLEY en *Servants of the People: the Inside Story of New Labour*, Londres, 2000.

El asilo postimperial

La aparición de la fiebre aftosa en la cabaña ovina del Reino Unido fue por supuesto un accidente. Pero lo que importa políticamente de esos «desastres naturales» es su impacto sobre el sistema político preexistente, lo que indica e implica de cara al futuro. Los comentaristas ukonianos no dejaron de hacer esa misma observación, por ejemplo, acerca de los terremotos en Turquía hace dos años. En mi libro *After Britain* (2000) establecí una comparación irónica entre el Reino Unido y la última fase del imperio de los Habsburgo en Europa central. Desgraciadamente, todavía son posibles analogías más recientes y crueles. A raíz de la fragmentación de la Unión Soviética y de Yugoslavia han aparecido algunos campos de comparación. Cuando estas unidades políticas no democráticas dejaron de ser posibles, también se produjo una proliferación de proclamas retóricas autocomplacientes (ya fueran militares, políticas o de ambos tipos, pero todas ellas estridentes). También allí se propagó una intensa actividad de los círculos intelectuales y se propusieron «reformas» parciales con el fin de apuntalar la grandeza de Rusia y Serbia. Pensara lo que pensara la mayoría de los rusos o serbios, sus capas dominantes juzgaban intolerable la renuncia a la grandeza. Les parecía que «la Nación» simplemente no podría seguir existiendo sin una identidad recia y eficaz en el mundo y el consiguiente *rayonnement* [radiación], término que me parece muy descriptivo, no en vano fue acuñado en París.

Esta visión patentada de la redención ha sido expuesta recientemente por el ministro de Asuntos Exteriores francés, Hubert Védrine, en un pequeño volumen titulado *Les cartes de la France à l'heure de la mondialisation*. La carta que Francia pretende jugar en la época de la globalización resulta ser extrañamente parecida a la de Blair. París también mantiene falsas ilusiones y engreimientos, y piensa que goza de una «capacidad especial» para intervenir o presionar en asuntos internacionales. A veces le ayuda su posición dentro de la Unión Europea, que puede efectivamente contribuir al mantenimiento de la *grandeur*. Lejos de difuminarse, en el ambiente posterior a la Guerra Fría ese excepcionalismo puede que de hecho esté renaciendo, pensamiento que causa escalofríos. Aquí lo hallamos expresado más claramente que en las frases altisonantes de Blair o de su propio Védrine, el ministro Robin Cook, quien ha inventado una política exterior supuestamente ética, aunque hasta el momento le falte el correspondiente marco pseudofilosófico. Aun así, en la práctica se da un evidente paralelismo entre ambos Estados ex imperiales en su intento no sólo de mantener el botín acumulado, sino de recuperar parte de su antigua influencia y de su «pegada» [*clout*] (la expresión favorita en el Reino Unido). La forma cruda de presentar la teoría de Védrine consiste en decir que la desintegración de las «hiperpotencias» (la URSS y la OTAN liderada por Estados Unidos) deja un margen de maniobra creciente para los reincidentes postimperiales. El gran deshielo acontecido en el mundo está liberando no sólo a pequeños protagonistas como Irlanda o Noruega, sino también a los antiguos Estados-nación jefes de banda, que incluso

con menor fortuna todavía no están del todo privados de conseguir sus aspiraciones hegemónicas. Todavía poseen armas nucleares —el «último invento del poder estatal moderno», como ha señalado Michael Ignatieff¹⁰—, puestos permanentes en el Consejo de Seguridad de la ONU y potentes instintos intervencionistas. Estos gánsteres resucitados no pueden dejar de sentir que ahora quizá estén en situación de establecer ciertas distancias con los más vulgares y despreciables, lo que incluye a la mayoría de los actuales miembros de las Naciones Unidas, que según la óptica de Védrine resultan ser «meros Estados» o «pseudoEstados» a los que les falta pegada y cultura. Por añadidura, todos ellos tienden a utilizar el inglés como *lingua franca*. Los escandinavos son particularmente culpables: demasiado preocupados por la justicia social y la igualdad, y no lo suficiente por la *Europe-puissance*.

La resurrección de los *mafiosi* de Londres y París podría ser especialmente peligrosa para la Unión Europea, como han dejado claro la conferencia y el tratado de Niza el pasado año. Una nueva *Entente Cordiale* contra el carácter normal podría ser la condición para una participación más plena del Reino Unido, y podría conducir (como mostró el voto danés contra el euro en 2000) a un creciente descontento entre las muchas no entidades y «meros Estados» del continente, sobre todo del Norte y el Este. Se trata de países no oportunistas que piensan que la democracia es más significativa que la pegada. En cualquier perspectiva de gran potencia (por declinante que ésta sea) esto representaría claramente la vía hacia la insignificancia. El líder del Reino Unido asegura que prevé una decisión sobre la moneda europea común tras haber renovado su mandato en 2001, pero podría quedarse en el tintero. La solidaridad entre los Estados-nación es notoriamente difícil de alcanzar, y se trata después de todo, de elites que se han detestado mutuamente durante siglos.

En el número de abril de 2001 de *Le Monde Diplomatique*, su redactor-jefe emitió un grave veredicto, desde una perspectiva algo diferente, acerca de la posición británica: «*Angleterre, crise totale*». Ignacio Ramonet observaba allí con bastante acierto que la actual «plaga» manifiesta que algo va mal en el país donde ha aparecido: una «crueldad latente» y «perversiones espirituales» anteriormente ocultas tanto entre los políticos como en el pueblo. Proseguía enumerando los síntomas ya familiares: desastres, otro invierno de descontento aún más profundo, fracaso palpable de las privatizaciones, eurofobia despechada, intolerancia hacia lo extranjero y una servidumbre redoblada hacia Estados Unidos. Nadie puede refutar su agenda de pestilencia y futilidad, pero cuando emprende la explicación del modelo de mediato se evidencia una indebida simplicidad. Al parecer, el «neoliberalismo» servil sería el único responsable, y Blair y los Nuevos Laboristas no habrían supuesto ningún cambio. Su variante del evangelio thatcheriano (o reaganiano) simplemente habría

¹⁰ «Bush's First Strike», *New York Review of Books* (29 de marzo de 2001).

extendido sus espantosas consecuencias, acrecentando el foso entre ricos y pobres, disminuyendo la participación del sector público en el PNB, dejando caer los cuidados médicos por debajo del nivel existente en los demás países de la Unión, etc. Ya es hora de que la izquierda europea saque conclusiones mucho más rigurosas de ese cuadro, tratando también al heredero del «socialismo británico» como a un paria. En lugar de ello (concluye amargamente) los eurosocialistas parecen dispuestos a elegir a Robin Cook como su presidente en la próxima conferencia de Berlín.

Le mercadología y el servilismo hacia Clinton han marcado (y desfigurado), efectivamente, el cuerpo y el alma de *Angleterre* (es decir, de «Gran Bretaña»). Sin embargo, resulta impreciso endilgarles tan completamente su actual destino. Ramonet no acierta a reconocer la parte sustancial (aunque hipócrita) desempeñada por el antimercadismo en la retórica de la tercera vía, así como en la gestión del ministro Brown. Es cierto que hay truhanes haciendo su agosto, pero no son (o al menos no empiezan como) meros *vendus*. No ha tenido lugar ninguna venta de almas, ya fuera al comienzo o más tarde. Lo que ha sucedido es que los responsables se han dejado llevar a la ignominia bajo un conjunto de presiones que ese tipo de crítica no es capaz de reconocer. La actitud típica del gran periódico de Ramonet consiste en suponer que la mayoría de los pecados brotan del fallo (posiblemente deliberado) en reconocer el conjunto de verdades abstractas transnacionales que proclama tan infaliblemente *Le Monde Diplomatique*. Pero en realidad el fracaso actual de Gran Bretaña proviene de un proyecto *nacional* muy determinado, el heredado de las todavía ineludibles «tradiciones dominantes», o estructuras, en el sentido de Tocqueville, simplemente repensadas en el tímido «proyecto» de Blair de 1997. Por deplorable que éste sea, en un sentido profundo no difiere demasiado del de la Quinta República. El desarrollo desigual ha producido un cambio de *tempo*, naturalmente. En su período intermedio (el siglo XIX y comienzos del XX), el Estado-nación británico era mucho más fuerte que su pariente del otro lado del Canal. Hoy sucede lo contrario. Mitterrand, por ejemplo, notó cómo se había invertido la balanza en el curso de su propia vida: la vergüenza de 1940 se vio sustituida por la gran «segunda revolución» de la Quinta República, y en particular por su propia presidencia. Sin embargo, esto no nos debería cegar hasta el punto de no apreciar el profundo parecido entre ambos Estados: tanto Gran Bretaña como Francia están aferrándose tras la Guerra Fría a formas redentoras del Estado-nación, en un contexto europeo cambiante. Ambas siguen ancladas en plantillas del siglo XVIII, y ambas intentan evitar las angustias mortales de la disminución de importancia y la dependencia.

A diferencia del régimen del general De Gaulle, la identidad estatal del Reino Unido cometió el fallo de precipitarse a la afiliación neoliberal desde 1979, y ahora le resulta difícil (quizá inabordable) equilibrar la balanza. Pero ese impulso nació de las necesidades de reproducción de un Estado en decadencia, y no sólo del libre comercio o de la resistencia intelectual al europeísmo corporativo. Era algo más que el recha-

zo a la *Europe-puissance*, ya fuera en la versión del presidente Chirac o en la excelsa configuración «centro-izquierdista» preferida por Pierre Bourdieu y *Le Monde Diplomatique*. La reticencia a reconocer el dilema específico del Reino Unido es una forma de ignorar una especificidad equivalente en Francia. Esa configuración está por supuesto relacionada con la panorámica institucional mundial de Hubert Védrine antes mencionada. Un castigo de la «globalización» parece ser el que cada Estado genere su propia apreciación de la bendición/maldición universal. Las ópticas gran-nacionalistas no quedan descartadas tan fácilmente, y normalmente atraviesan todo el espectro izquierda-derecha. Existen sectores sustanciales, tanto de la opinión pública británica como francesa, incapaces de percibir ya sea Europa o el mundo excepto a través de sus propias lentes postimperiales. Las francesas se han recompuesto mucho mejor que sus equivalentes anglobritánicas, lo que las dota de mayor claridad y coherencia política. Por eso es por lo que hay una izquierda francesa, así como una derecha, capaces todavía de imaginar una gran potencia europea centralizada, construida a partir de lo que Védrine llama el «código genético» de la «francesidad», tanto política como lingüística, antiestadounidense, socialdemócrata y «republicana» en un sentido inequívocamente galo¹¹.

Una confederación girondina

La misma imagen deja fuera el otro cambio inconfundiblemente británico originado por el triunfo laborista en 1997: la «descentralización» [*devolution*], que podría ser un error desde el punto de vista restauracionista del régimen ukaniano, pero que aun así marca un gran cambio involuntario que no ha llegado a alcanzar ninguna de las medidas descentralizadoras acometidas por la Quinta República (los avances pueden derivar de la falta de intención, a veces con mayor facilidad que de una tecnocracia omnisciente). La constitución del Reino Unido se puede ver mucho más dañada por ella, o incluso demolida; sin embargo, puede que esté haciendo surgir unas nuevas Islas; las contradicciones pueden ser también nodos de crecimiento hacia una nueva asociación, más flexible, de pueblos y Estados. Ése es el tipo de resultado que sugiere Norman Davies como conclusión de su enciclopédica obra *The Isles* (1999), un libro insoportable para cualquier unionista, que sugiere que la «ruptura» del Reino Unido puede formar parte de una tendencia europea mucho más amplia, «el aspecto más positivo de la UE», como lo llama, que no tiene nada que ver con el Banco Central Europeo ni con la balanza comercial, sino con la forma en que Europa «ofrece un lugar al sol a las naciones más pequeñas y de mediano tamaño», y como contrapartida, menos espacio para las potencias postimperiales. Semejante clima de normalidad daría lugar a

¹¹ Como ha analizado hábilmente Larry SIEDENTOP en su influyente *Democracy in Europe*, Londres, 1999. El autor subraya la atracción, influjo y futilidad de esa concepción de la Unión Europea.

una Europa diferente, *antipuissant*, más suiza que grande, dedicada al cultivo de sus propios jardines variados. Desde la perspectiva de la grandeza y el *rayonnement*, no obstante, ese tipo de cambio tiende a pasar inadvertido.

Afortunadamente, en *Les infortunes de la République* (2000), Jean Marie Colombani ha proporcionado al análisis francés y europeo un espectro mucho más amplio con el que trabajar. Lo que presenta en ese libro es una Francia no tanto alternativa como evidentemente paralela a la estructura anacrónica y a las actitudes estatales de la última «Gran Bretaña». Aunque es redactor-jefe de *Le Monde*, el más influyente diario francés, Colombani también percibe su país adoptado como corso. Se muestra implacable con la insensata centralización y rigidez de la República. Tal como plantea con firmeza al comienzo del libro, el «problema corso» es en realidad el problema de Francia, y refleja la voluntad de la elite central de mantener a cualquier precio un grandioso papel premoderno:

Francia [...], como portadora de una gran idea, como lo ha podido ser Estados Unidos, ha concebido siempre su construcción política no como un medio pragmático para la cohabitación y la adaptación al cambio, sino como un acceso privilegiado a la universalidad, un ladrillo más en la República universal, una máquina maravillosa para forzar a las voluntades individuales al conformismo legal. Puede que no seamos mejores que otros, pero nuestros ideales deben ser siempre superiores a los de nuestros vecinos.

De ahí brota la inmovible convicción de que «la Francia republicana tiene algo que decir al mundo», preferible, pero no indispensablemente, a través de una Europa previamente galvanizada por *le projet français*. Esa convicción implica a su vez la extrema necesidad de mantener en su sitio a Córcega, Bretaña, Alsacia y todas las demás provincias eventualmente separatistas. «La pérdida de Córcega significaría el comienzo del fin», ha dicho el neorrepblicano Jean-Pierre Chevènement, haciéndose eco, a oídos británicos, de las diatribas de Tam Dalyell, Peter Hitchens y tantos otros. Y de hecho, la incapacidad para mantener «*voire petite Corse*», como al parecer le gustaba decir al presidente Mitterrand, dentro del proyecto francés, puede arrojar dudas tanto sobre el vehículo como sobre su destino. La mayoría de los franceses y francesas podrían no estar preocupados por esa «pérdida», del mismo modo que a la mayoría del pueblo inglés no le preocupa la eventual independencia escocesa, pero eso carece de importancia; lo que cuenta *para las elites de la República* es que con ella se convertiría en una posibilidad real un *status* menos que universal, y eso conduciría a la pérdida de carisma del centro, creando dudas acerca de la autocracia presidencial, acrecentando las ambiciones «regionales» y la inquietud en un país que sigue siendo (pese a la mitología republicana) el más diverso de Europa occidental.

La recomendación de Colombani en *Les infortunes de la République* equivale al franco abandono del republicanismo obsesivo. Propone un replie-

que desde el jacobinismo a un «regionalismo» flexible que asocia con Tocqueville y las tradiciones de la Gironda antes de 1792¹². Con otras palabras, se necesita una Sexta República en la que una Córcega autogobernada podría convertirse en modelo, en lugar del heraldo de la pérdida y el declive. Francia, como cualquier otro país europeo, es de hecho una república (con minúscula) cada vez más plural, mucho más que el ombligo de la creación. Pero ese libro también muestra vívidamente las dificultades para sostener esas opiniones en Francia. Existe un potente bloque de reaccionarios totalmente dedicados al mantenimiento del elitismo republicano, y no sólo de sus propios puestos, sino de lo que significan o se supone que significan. Por opuestas que puedan parecer sus recetas, la izquierda y la derecha permanecen unidas en torno a la cuestión de *la grandeur*. Renunciar a esa «idea de Francia» (heredada e institucional) significaría la subordinación y el mismo tipo de derrota que el olvido del metafórico «Gran» que acompaña a «Breña». Se desencadenaría entonces el espectro de la postración asociado al dominio de Alemania, Estados Unidos o un capitalismo sin restricciones dispuesto a precipitarse sobre una Europa dividida o «regionalizada».

En resumen, los infortunios de la República de Jacques Chirac no son después de todo tan diferentes de los del Reino de Tony Blair al otro lado del Canal. Se trata de temas comunes a toda Europa, que merecen mucha más atención que los surgidos en debates hipócritas acerca de la moneda europea. Las «cinco condiciones» del ministro de Economía y Hacienda Brown para la participación del Reino Unido en la unificación monetaria han constituido en gran medida una maniobra de distracción con respecto a los problemas políticos de la Unión Europea, necesaria porque ningún Estado «británico» en su fase terminal puede considerar deseable una Unión democrática en la que prevalezcan Estados más pequeños, indiferentes (o incluso hostiles) a la grandeza y el liderazgo. Esta divergencia sobre la dirección que debe tomar Europa se remonta a sus orígenes en la década de 1950. Las estrategias francesa y británica al respecto son, desde luego, muy diferentes: acaparamiento político directo frente a explotación económica y manipulación desde una instancia correspondiente a un «mundo más amplio». Pero ambas difieren radicalmente de las posiciones de los Estados derrotados en 1945 y de los países más pequeños o no imperiales que han llegado a identificar sus proyectos nacionales con la emergente política europea, como Irlanda, Italia, Finlandia, el Este posterior a la Guerra Fría o las aspiraciones del *Plaid Cymru* [Partido de Gales] y el Partido Nacionalista Escocés.

¹² Los diputados de la región de Francia con ese nombre representaron durante poco tiempo una versión de la Revolución opuesta al centralismo unitario que prolongaba el núcleo absolutista del *ancien régime* francés y que ocupó el primer plano de los acontecimientos durante las guerras revolucionarias. Reforzado aún más por Napoleón, ha permanecido inalterable hasta el presente, experimentando un nuevo impulso bajo la presidencia de Mitterrand.

Vigilantes de la Unión

El equivalente, a este lado del Canal, de la Sexta República de Colombani serían, naturalmente, unas Islas desunitarizadas, una confederación de entidades políticas que incluiría a Inglaterra, ya fuera a la «pequeña Inglaterra» o a una colección de países o regiones más pequeños. La fórmula vigente desde hace tiempo en el Partido Nacionalista Escocés para esa confederación es la de una «Asociación de Estados Británicos». Pero aquí, como en Francia, tales conceptos se enfrentan a un ejército de decididas opiniones reaccionarias. «Gran Bretaña» puede hallarse en mala situación, pero su aparato institucional de vigilantes políticos y administrativos aún es capaz de luchar y todavía dispone de multitud de recursos. Desde hace tiempo se viene formando en el Reino Unido un movimiento para «Salvar la Unión» que parece dispuesto a asumir formas cada vez más ostentosas, en la medida en que el fracaso del Nuevo Laborismo y la desmoralización prosigan su curso. Entre los recursos del retronacionalismo británico se cuentan los cuadros del Estado, una parte sustancial de la *intelligentsia*, la mayoría de los medios de comunicación, el fondo de comercio de una nacionalidad hacia otra –todavía muy extendido en las Islas– y una bolsa de opinión muy importante en Irlanda del Norte. Otro sector clave es el de las minorías inmigrantes (sobre todo en Inglaterra) que aunque no sean realmente «probritánicas» en el sentido unionista, tampoco se oponen a él por miedo a algo peor, el caos étnico de tipo posyugoslavo o indonesio. Otro activo de los guardianes de las esencias es el perfil histórico tan bajo de reformas constitucionales en Ukania. Esto no se aplica por supuesto a Francia, donde en las anteriores crisis se ha concedido una relevancia permanente a la formalidad constitucional y a la definición de ciudadanía. Pero en Ukania el constitucionalismo sólo ha comenzado a tomarse realmente en serio tras los problemas y efectos colaterales de la descentralización, y todavía no ha ganado terreno suficiente para hacer frente al actual deslizamiento del Nuevo Laborismo hacia la veneración de la norma no escrita, el timonel salvador y la monarquía «modernizada».

Laborismo desindustrializado

El segundo mandato del Nuevo Laborismo, desde 2001 hasta (probablemente) 2004 ó 2005, se supone que debe profundizar y santificar este lapso. Los observadores han señalado repetidamente que la «campana» para la reelección de Blair comenzó el 2 de mayo de 1997, al día siguiente a su triunfo «arrollador». Es más que probable que lo mismo suceda en 2001, en una nueva emulación de la larga era thatcheriana. A medida que el triunfo arrollador se va convirtiendo poco a poco en incipiente debacle, posiblemente agravada por la recesión económica, el partido y los medios de comunicación pueden llegar a perder la fe en el propio Blair y ponerse a buscar un liderazgo alternativo. El ministro de Economía y Hacienda, Brown, es el candidato más citado, por razones evidentes: es

el hombre perfecto para «Salvar la Unión». Fue su hábil regateo el que logró la nueva alianza entre el capitalismo ukaniano y el gobierno laborista inmediatamente después de las elecciones de 1997, haciendo desaparecer el viejo contencioso entre el Tesoro y la City. Al conceder el control de los tipos de interés a esta última, Brown consiguió para su gobierno el beneficio de la prolongación de la situación expansiva que caracterizó todo el período 1997-2001, a costa del abandono de la antigua política laborista de apoyo a los débiles y subvenciones para las manufacturas británicas y para las industrias extractivas, lo que constituyó su capitulación final frente a los intereses comerciales y financieros de la City. Pero como estudiante de historia, Brown sabía muy bien lo fútil e inconsecuente que había sido siempre ese apoyo, y consideró que la rendición sería la mejor apuesta.

Otra consecuencia del cambio fue la conversión del Nuevo Laborismo en un partido mucho más afincado en el sur inglés. El eufemismo al que se recurrió para referirse a esa modificación fue el de la «Inglaterra media», un ajuste a las normas (reales o imaginarias) de las zonas clave, lo que conllevaba cierta relativización de las viejas bases del poder laborista en el norte y la periferia. Nadar a favor de la corriente, en lugar de oponerse vanamente a ella, prometía una hegemonía más sólida. No obstante, esa mutación tenía que «encubrirse» y justificarse para que el cambio de orientación efectivamente funcionara; dicho más crudamente, había que dar tiempo al norte para que falleciera con decencia, mientras que la estructura y autoridad del Nuevo Laborismo se enraizaba más duraderamente en el sur ex conservador.

El apoyo de las elites para las elecciones por mayoría simple ha estado asociado durante mucho tiempo con una «soberanía» imaginaria, la idea de triunfo abrumador, los accesorios vestimentarios de la grandeza y la nostalgia institucional. Pero existe una razón más sórdida para la adhesión del Nuevo Laborismo al *«first-past-the-post»* [principio del candidato más votado]. El partido todavía depende de él, sobre todo en el ámbito de los gobiernos locales y la política municipal. En las conurbaciones del norte (incluido el cinturón industrial escocés), el laborismo ha sido durante mucho tiempo un «Estado de un partido», gracias a su control y manipulación del viejo orden electoral. Ese dominio era incompatible con la proporcionalidad o (como iba a mostrar el caso de Londres) con la elección directa de los alcaldes. Y el hecho de que esas áreas estén ahora en retirada (en parte por órdenes procedentes de Westminster), no disminuye la importancia del control laborista. En definitiva, la estrategia del post-industrialismo liderada por la City traerá presumiblemente la paz de los cementerios a esas zonas ex industriales. Hasta entonces, no obstante, mientras se va asentando la Gran Bretaña del Nuevo Laborismo, es esencial que el «Viejo Laborismo» siga en sus puestos. Los gabinetes de estrategia y los inventores de ideas nebulosas pueden haberse convertido en sirvientes inestimables de la redención. Sin embargo, ellos solos no pueden hacer que las cosas funcionen. Lo inefable también requiere fonta-

neros –agencias de transportes y repartidores, capaces de hacer que las cosas funcionen–. La centralidad de Brown para el proyecto reside en la forma en que (a diferencia de Blair) combina una estrategia amplia, inteligentemente ignominiosa, con una gran sensibilidad hacia las necesidades de los *mafiosi* de su partido. Se trata, de hecho, de un «hombre de partido» tanto como de la Unión. Los corceles de los espectros cabalgan juntos bajo sus riendas. ¿Cabría concebir un líder mejor para la reacción, una vez que se ha refrenado el ímpetu del proyecto y hay que movilizar los recursos y acorralar a los enemigos?

Fantasmas de la representación proporcional

La escena aparece dispuesta para el regreso zómbico a un segundo mandato mediante una victoria clave de la vieja guardia en el primero: la subordinación de los demócratas liberales. Éstos se mantuvieron «expectantes» mediante promesas engañosas acerca de una base común de «centro-izquierda» y la esperanza en un cambio posible, oportuno, cuidadosamente considerado (y por supuesto popularmente ratificado) en la forma de votar de los británicos. En el período 1996-1997, cuando los blairistas no estaban demasiado seguros de una victoria absoluta, prevalecía un tono muy diferente. Se consideró entonces la posibilidad de una alianza «progresista» con los demócratas liberales para el caso de que ésa fuera la única forma de acceder al gobierno. El Partido Demócrata Liberal de Paddy Ashdown había estado pidiendo la reforma electoral durante décadas como condición previa para formar gobierno, y también como una apertura hacia cambios constitucionales más amplios, incluyendo hasta una estructura «federal» para el Reino Unido. Cualquier alianza de ese tipo habría hecho inevitables algunos cambios decisivos, esto es, cambios hacia la democratización y «normalización», tanto de la constitución como de la Administración. La «descentralización» podría haber incorporado entonces mayor sustancia, pareciéndose más de cerca (por ejemplo) a los sistemas que ya funcionaban en España, Bélgica y Alemania. Resulta notable cómo se presenta ese fracaso en la declaración más equilibrada del gobierno de Blair hasta el momento. Sus autores, Polly Toynbee y David Walker, admiten cuán duro es extraer un balance en términos exclusivamente políticos. En *Did Things Get Better?* (febrero de 2001) señalan que en muchas áreas se ha producido una hiperactividad con resultados indefinidos, que (como los debates usuales de la Cámara de los Comunes) «tienen dos lecturas» posibles. Por el contrario, la arquitectura estratégica del primer gobierno del Nuevo Laborismo no deja lugar a dudas. El objetivo del cambio constitucional mediante una alianza a largo plazo con otras fuerzas de centro izquierda parecía inicialmente ser el elemento más importante del «proyecto», «dando seguridad a las fuerzas progresistas para el siglo XXI», pero esto no fracasó, sino que *fue desechado* (p. 238).

Peor aún es que los demócratas liberales fueran incapaces de rebelarse contra su destino. La peor afrenta les llegó en el período previo a la pan-

tomima de 2001, cuando Blair anunció solemnemente que el proyecto no estaba muerto, sino sólo en hibernación. Como la adhesión a la moneda única, quedaba pospuesto para algún momento más adelante, en las brumas de... 2003. Para entonces o más tarde se *podría* quizá realizar un referéndum sobre la cuestión, ofertando la forma más débil posible de representación proporcional, cuyo resultado acaso no fuera favorable, dado que la mayoría de los parlamentarios del Nuevo Laborismo se oponen actualmente a ella. O podría desecharse una vez más, arguyendo lo poco que la Inglaterra media se preocupa por ese tipo de cosas. El nuevo líder de los demócratas liberales, Charles Kennedy, no pudo sino «dar la bienvenida» a esa promesa, aunque al hacerlo le temblaran los labios y mantuviera muchas reservas. Pero lo que convirtió ese aspecto del proyecto Blair en historia instantánea fue por supuesto el resultado «arrollador» de las elecciones del 1.º de mayo de 1997. El tejido de la antigua política se vio invadido de repente por una oleada de excitado redencionismo, dando nueva vida a la Corona y enconando el *pocket borough*¹³ del norte. El viejo-nuevo partido pudo seguir dominando en Glasgow, el nordeste inglés y Merseyside, mientras la corte de Blair-Brown se embarcaba en su nuevo embellecimiento de Westminster y la metrópoli. Los demócratas liberales se vieron marginados y aun desdeñados como compañeros de viaje carentes de poder, tipos acabados incapaces de oponerse a la frialdad de los autoproclamados «revolucionarios» y a quienes les faltaban asideros ya fuera para la política cotidiana o para el desarrollo estratégico. Se creó una fútil comisión presidida por *lord* Jenkins para «planificar» la versión más inocua de la «representación proporcional» que se pudiera descubrir... para su posible puesta en práctica mediante referéndum, a celebrar en una imprevisible fecha en el futuro, etcétera.

Al mismo tiempo, cuando los vigilantes del movimiento observaron los acontecimientos en Escocia, Gales e Irlanda del Norte así como los todavía peores de Londres, desataron una implacable campaña de resistencia frente a cualquier cambio de ese tipo. Bajo el liderazgo de Brown y John Prescott, se ha convertido en la clásica campaña reaccionaria. Los unionistas que habían experimentado la sensación de «hasta aquí» con la descentralización, están aún más decididos a impedir que se vaya «ni un milímetro más allá» que lo estaba *lady* Thatcher en 1979. Las reglas de funcionamiento «británico» parecen en cualquier caso prescribir una fase de mayoría para el Nuevo Laborismo, esto es, un período de agotamiento miserable durante el cual el gobierno retrocede a medida que avanza, la chapuza se multiplica y el odio popular hacia «ellos» crece hasta alcanzar niveles explosivos. Sin embargo, el período 2002-2007 diferirá del 1992-1997 en varios aspectos. La demora (y finalmente el retroceso) en la reforma del Estado, la descentralización, la indecisión con respecto a Europa y el probable cambio de coyuntura económica están inyectando nuevas toxinas en un sistema ya tambaleante e inconsistente. Tras seme-

¹³ Unidad político-electoral controlada por un solo grupo o persona. [N. del T.]

jante catálogo de atroces fracasos y vergüenzas, los guardianes de las esencias se verán obligados a adoptar severas contramedidas y represalias, como se demostrará seguramente en el período postelectoral.

«Britanidad» desesperada

Entre los recursos más notables del Ministro de Economía y Hacienda se cuenta sin duda su nacionalidad. Los escoceses no sólo representan una parte desproporcionada del gobierno del Nuevo Laborismo, sino que parecen desempeñar un papel dirigente en su giro reaccionario, así como en el último reducto que se viene conformando. Estarán sin duda en vanguardia en cualquier batalla por restringir, o incluso anular, los parlamentos descentralizados que muchos de ellos contribuyeron a crear. ¿Por qué? Es importante recordar una cuestión muy general al respecto: los representantes de naciones pequeñas (y a menudo reprimidas) han jugado invariablemente un papel muy significativo en la construcción de grandes Estados multinacionales, ofreciéndoles su voz y liderazgo político. En esto no hay ningún misterio: los inmigrantes normalmente sienten una mezcla de distancia y curiosidad emprendedora hacia el país que les acoge que puede proporcionarles ciertas ventajas. Son capaces de percibir y explotar ciertos aspectos de la cultura de su nueva patria con mayor facilidad que muchos nativos, para los que esa matriz se da por supuesta, como una cuestión de instinto más que de acceso y manipulación.

La penetración inmigrante, importante en el comercio y los negocios, probablemente es en el campo intelectual donde más cuenta, y en los tiempos modernos en la política. Desde el siglo XVII en adelante se fue desarrollando una interconexión entre el campo de las ideas y la vida política que se hizo particularmente importante en los momentos de transición y cambio rápido. Las revoluciones y contrarrevoluciones fueron las coyunturas excepcionales en las que una sociedad dislocada o reformada sentía una necesidad consciente de diferentes visiones y opciones. En la formación de Gran Bretaña esto fue sobre todo cierto durante y a continuación de las revoluciones del período 1640-1707, aunque eso no quiere decir que dejara de serlo durante todo el siglo XVIII, caracterizado a posteriori como una época de equilibrio y estabilidad, pero en el que en realidad se produjeron (como observó Karl Marx con tanta perspicacia) constantes y cruentos levantamientos, que no llegaron a «apaciguarse» hasta bien avanzado el siglo XIX. La influencia de los intelectuales escoceses e irlandeses en la configuración de ese proceso es uno de sus rasgos más notables. La filosofía empirista (Hume) y la economía política (Adam Smith) fueron sus contribuciones más destacadas a la *Weltanschauung* británica en formación (que al poco sería simplemente «inglesa»). Después de 1789, la formulación más duradera de lo que ahora significaba ser británico provino del irlandés Edmund Burke, y más tarde el galés Lloyd George fue el héroe de batalla del Imperio británico en 1915 y 1922; del mismo modo, el georgiano Josip Djughashvili (Stalin) se convirtió en cau-

dillo de Rusia durante la Gran Guerra Patria; Eamón de Valera era un estadounidense medio español antes de convertirse en líder del nacionalismo irlandés; el austríaco Adolf Hitler se creyó la encarnación de la raza germánica, y el montenegrino Slobodan Milosevic se convirtió en punta de lanza del nacionalismo gran serbio.

La historia de ese gran-nacionalismo injertado puede muy bien no haber acabado. Lo «británico» puede todavía ejercer un robusto efecto-transferecia del mismo tipo, aunque sus consecuencias sean ahora muy diferentes y hasta opuestas a las de esos famosos padrinos de la patria. «Revoluciones» ficticias como las de 1979 y 1997 no han producido nuevas ideas (que en cualquier caso tienden a aparecer tan inadvertidas como ladrones en la noche), pero han mostrado un apetito voraz por todo tipo de pseudoideas, y así como en tiempos de Edmund Burke el ascenso del espacio británico suscitó la aparición de diseños de avances y experimentos, su actual desintegración muestra una sed insaciable de tergiversaciones plausibles, apologías descaradas y un engañoso desfile cotidiano de que todo sigue como siempre en y alrededor del búnker. La defensa de lo inefable puede precisar un trabajo aún más duro que el que necesitó anteriormente la especulación acerca del progreso. La relevancia de viajeros escoceses y galeses entre los coristas británicos de Blair no tiene, por lo tanto, nada de sorprendente. El largo naufragio de la década de 1980 produjo una cantidad desproporcionada de cuadros periféricos en aquellas regiones en las que sobrevivía mejor el laborismo, lo que condujo a un liderazgo primero galés, bajo Kinnock, y más tarde escocés, con John Smith. Cuando por fin el Nuevo Laborismo entró en el ascensor «hacia arriba», con él, o hicieron sus muchos discípulos y cómplices, como Gordon Brown. La inevitabilidad de la descentralización formaba parte de la misma tendencia, favoreciendo a las minorías nacionales por encima de los representantes del norte inglés o de las nuevas comunidades de inmigrantes.

Pero la *militancia* de la tendencia resultante, su pasión agresiva y no correspondida por la Unión, requiere que se tenga en cuenta otra dimensión. Cuando los inmigrantes se mueven en una cultura distinta a la propia aprecian sus potencialidades no descubiertas, lo que en otros tiempos significaba sobre todo su capacidad de aportación al progreso o desarrollo general. La mejora individual o el hacer carrera encontró en aquel entonces su lugar dentro de ese panorama como contribución a la eclosión (en el caso británico) de un Estado imperial y una clase dominante. En la actualidad, lo que perciben los recién llegados es por el contrario la posibilidad del fracaso, una fragilidad latente y una creciente desorientación. Pero añadido a esto se da una desconcertante falta de respuesta (hasta ahora) por parte de la mayoría. Los ingleses, que constituyen más del 80 por 100 del total de británicos, siguen adormecidos en una complacencia heredada y todo lo más se entregan a ese tipo de lamentaciones que tan bien se adecuaba al viejo Reino Unido. No están dispuestos a tomarse en serio lo de la «pequeña Inglaterra», y esto ofrece a los predicadores iden-

titarios la posibilidad de aumentar su influencia, frecuentemente a partir de la periferia. Los sermones acerca de la necesidad de «preservar la Unión» a cualquier precio pueden sonar mejor con acento escocés, galés o del Ulster, especialmente ahora, cuando nadie se los tomaría en serio si su pronunciación fuera la tradicional y pasada de moda.

Psicopatologías de la vida nacional

Una vez más, Francia no parece tener el mismo problema. François Mitterrand podía hacer bromas acerca de la «pequeña Córcega», pero nunca tuvo que preocuparse por la «pequeña Francia». Políticamente hablando, no cabía concebir tal país. La «britanidad», por otra parte, se está viendo determinada por la necesidad de aplazar la pequeña Inglaterra, país no sólo concebible sino que avanza hacia sus habitantes con gran velocidad, golpeando a su puerta, por decirlo así, de un modo que no parece que pueda ignorarse durante mucho tiempo. Cuando William Hague señaló recientemente que su principal ambición para el próximo gobierno conservador sería «devolver este país a su pueblo», lo hacía como si estuviese hablando del Reino Unido, pero en realidad se trataba de Inglaterra. La retórica es aún estatal y no étnica, pero se dirige por supuesto a una audiencia que nunca ha hecho muchas distinciones reales entre «británico» e «inglés».

Tal despreocupación se considera a veces saludable, como si demostrara una tenaz indiferencia hacia cuestiones estrechas o raciales. Sin embargo, está vinculada a una debilidad inseparable: lo que hace un tiempo era «británico» podría muy fácilmente transformarse en definitorio de lo «inglés», sin precisar un proceso de conversión. Con un régimen dirigido por Hague o Portillo, esa mengua podría resultar (por ejemplo) en un poco más de eurofobia, con, o incluso sin, un resentimiento añadido por la descentralización e Irlanda. Las barreras semánticas entre «inglés» y «británico» son bajas y resbaladizas. Se está ya preparando el contexto para un corrimiento general de ese tipo, mediante las fiebres del colapso y el desencanto. Anne McElvoy lo ha señalado con gracia en una columna publicada en *The Independent*. Señala que el episodio de la fiebre aftosa reveló de pronto lo históricamente ambivalente que ha llegado a ser la autoestima «británica». Gran Bretaña es, o bien una gran potencia fría que todavía navega a velocidad de crucero, o bien «el peor, el más deprimido y envilecido país que quepa concebir: un panorama marchito de epizootías, desastres ferroviarios, crisis energéticas e inviernos prolongados». Comparaba la montaña rusa británica con lo sucedido en la ex Unión Soviética (omitiendo piadosamente la ex Yugoslavia de su marco de referencia), mostrando lo nerviosos que se pueden poner los países post-imperiales cuando comienzan a dar bandazos de un estereotipo a otro. El destino ha decretado que sean admirablemente grandes o bien el infierno en este mundo, pero nunca, por decirlo así..., «normales». Pero eso es lo que nos espera, por lo que concluye:

Ambos [el pesimismo sin esperanza de redención y el optimismo inasequible al desaliento] constituyen distorsiones de nuestra situación real, que es la de un país de mediano tamaño, tratando de obtener los mejores resultados de la historia, geografía, temperamento y clima de la tierra que nos ha tocado en suerte. *Vivamos con ello*¹⁴.

A ningún intelectual o político inmigrante desde lugares tan absolutamente normales como Escocia o Gales le sonará extraño todo esto. El complejo de inferioridad/superioridad ha sido la esquizofrenia de la que ha brotado casi todo. Escocia y Gales han sido siempre conocidas como inmundos vertederos poblados por seres semihumanos incapaces de «montárselo por su cuenta». Excepto, claro, cuando fueron los países pequeños más grandes del planeta, responsables de casi todos los inventos (incluido el del Imperio británico), y capaces de hacer morder el polvo al «viejo enemigo», ya fuera en el terreno deportivo o en otros. El encogimiento y la autoalabanza iban de la mano, y hasta se le permitía a uno creer de vez en cuando que ésta era una forma de vida interesante. Pero ese complejo también dependía de la fe en que Gran Bretaña era diferente y que podía escapar perdurablemente a dilemas tan desalentadores para la patria chica. La «britanidad» era algo así como una plataforma más amplia y estable en la que los migrantes de una parte a otra podían llevar unas vidas sanas y siempre mejores, salpicadas por ocasionales regresos a un terruño coloreado de rosa en la nostalgia, con cierto grado de distancia. Ahora comprueban que esa plataforma está colapsando, esto es, que se les está arrebatando. Los encogimientos y las autoalabanzas se están propagando como la fiebre aftosa. Los ingleses están dejando de ser británicos fiables y se están convirtiendo nada menos que... en *ingleses*.

Hay que parar este proceso. La lógica entonces es que hay que bloquear antes que nada el nacionalismo de la periferia, mediante un control más estricto de la descentralización. Eso evitará lo que se viene llamando la «reacción en contra», una reacción impropia e irritada de la mayoría, que se imagina invariablemente como una amenaza. Las reglas de «Gran Bretaña» inhiben por supuesto cualquier pensamiento de que la pequeña Inglaterra podría ser *mejor*, más democrática y en general más vivible que el armatoste heredado de la Providencia. Entre los misioneros británicos periféricos ese rechazo tiende a presentar una intensidad jesuítica. Están inconmoviblemente convencidos de que la pequeña Inglaterra sería por definición estrecha, impotente, despreciada y probablemente «anglosajona» en el cáustico sentido cuasirracional tan caro a los franceses. Y muy bien se podría volver contra *ellos*. Mejor, pues, expulsada de la sala de estar hasta que la Unión haya revivido lo suficiente y el mundo vuelva a ser un lugar seguro para las danzas tradicionales. Entretanto hay que garantizar el redencionismo mediante proclamaciones cada vez más estridentes y estrategias de lealtad, vindicando selectivamente los logros británicos,

¹⁴ *The Independent* (13 de abril de 2001).

denunciando confusamente el «separatismo» y el parroquialismo y, en el caso del Nuevo Laborismo, la brutal imposición de la lealtad al partido en los guetos de la clase obrera.

En 1929 fue la clase obrera, «Mario», la que se rebeló contra el vil hipnotizador. Tras verse obligado a besar al malvado, creyendo que se trataba de la chica de sus sueños, Mario se despierta de repente lleno de horror y abandona el escenario. Una vez abajo, en plena carrera, se vuelve sacando una pistola y mata a Cipolla. En la confusión resultante, el escritor y su familia abandonan el pequeño teatro cruzándose con la pareja de *carabinieri* que entraba en la sala en ese momento. «¿También formaba eso parte del final?, quisieron saber los niños para irse tranquilos. Sí, les dijimos, ése era el final. Un final terrible, catastrófico. Y sin embargo era también un final liberador. No pude, ni puedo por menos de sentirlo todavía así». Afortunadamente, en el actual Reino Unido hay muchos Marios, de diferentes clases y colores, todos ellos capaces de liberarse políticamente de la degradante cautividad del pasado británico y sin necesidad de una pistola.